

La economía en el día a día

La crisis ya es vieja en La Vega

Solbella Rodríguez *



En una consulta realizada a varias cabezas de familia en la populosa parroquia de La Vega se constata que la crisis mundial no ha llegado todavía allí o, si lo ha hecho, ni se nota: los vecinos viven haciendo maromas con su presupuesto desde hace tanto tiempo que ni recuerdan

A finales de 2008 los medios de comunicación informaron sobre una crisis económica que dejó a miles de personas sin empleo en los Estados Unidos y que amenazaba con afectar a los habitantes de todo el planeta. El presidente Chávez aseguró sin duda que Venezuela estaba blindada contra esta recesión. Muchos se preguntaron si una inflación anual de más de 30% en el costo de los alimentos no implicaba una crisis en los bolsillos de los venezolanos.

Los testimonios de cuatro habitantes del barrio La Vega¹, ubicado al oeste de Caracas, advierten que ellos no se sienten afectados por la crisis mundial, sino por el aumento de los precios y la escasez de los alimentos, problemas que sufren desde hace algunos años. Todos enfrentan esta situación con diferentes salidas, desde trabajar más horas diariamente hasta buscar ayudas del Gobierno. Las personas consultadas integran familias de un máximo de cuatro personas, todas tienen casa propia e ingresos superiores al salario mínimo mensual.

María² trabaja como cartera en Ipostel y vive con sus dos hijos de 21 y 12 años. Ella es una de esas mujeres que asumió forzosamente el rol de ser padre y madre a la vez. Con su sueldo mínimo cubre las necesidades fundamentales de su casa: la luz, el condominio, el teléfono y el pasaje de su grupo familiar.

Con su hijo mayor, quien también trabaja en la estatal de correos, comparte la responsabilidad de comprar la comida, con los tickets de alimentación incluidos en el paquete salarial de ambos. Asegura que muchas veces no les llega la comida a fin de mes, pero no se queja. “A veces no nos alcanza para comer, pero existen muchas personas que no tienen un empleo ni sueldo fijo. Esas están peor que yo. Por eso pienso que a mí no me afecta la crisis”.

A sus 48 años, María está estudiando quinto semestre de Derecho en una aldea de la Universidad Bolivariana en Vista Alegre. Ella se pregunta, con duda, si podrá ejercer algún día esta profesión, sin embargo, expresa que la experiencia le ha subido la autoestima. “En la universidad



Los ingresos semanales de este grupo familiar superan el sueldo mínimo y les alcanza para tener un seguro privado que incluye a los tres miembros de la familia, así como ahorrar dinero para salir de La Vega antes de que su único hijo cumpla 15 años.

me siento feliz, es de las cosas que me tiene más activa ahora. Si esta oportunidad me hubiera llegado unos años antes, ya tuviera una licenciatura o saliera jubilada como abogada, y no como cartero. Pero tengo la satisfacción de que estudiando me siento útil, me ha permitido saber que mi cerebro todavía funciona. Hay señoras mayores que yo, que están en semestres avanzados y son como unas líderes, se les ve fuerza en el léxico. Yo misma he cambiado una barbaridad”, dice orgullosa.

Aunque las disposiciones del Estado establecen que las personas con empleo no pueden obtener becas, ella es beneficiaria de la Misión Sucre, ayuda que le otorgaron luego de que presentó los recaudos que demuestran que sufre de una enfermedad crónica de la piel que la obliga mensualmente a adquirir medicamentos. Este ingreso también le permite comprar los libros que le exigen en la universidad.

Así como consiguió la beca, ahora está trabajando para que el Gobierno ayude a cien personas de su comunidad, en el sector El Araguaney, con unas bolsas de comida. “Yo me metí allí porque tengo cesta ticket, pero con eso sólo puedo comprar en el Cada o en el Unicasa, donde todo es más caro. No puedo comprar en Mercal porque la tarjeta no pasa en Mercal. El hecho

de que yo tenga trabajo no significa que no necesite la bolsa de comida”, se queja.

Su mayor preocupación es su hijo menor. Desde hace dos años ha intentado sin éxito inscribirlo en una escuela de Fe y Alegría. En su opinión, esto marcaría la diferencia entre la posibilidad de que el niño sea un profesional o un delincuente. También sueña con ver a su hijo en las grandes ligas. “Yo pago las clases y los torneos de beisbol a mi hijo, porque ningún deporte es gratuito. Un deporte gratuito es una caimanera y nadie va a firmar a mi hijo en una caimanera. Tengo que tenerlo escrito (sic) legal en un equipo de los Criollitos de Venezuela”.

SALIR DEL BARRIO

Como le ocurre a María, la principal preocupación de Graciela no es la crisis económica mundial, sino el futuro de su hijo de 11 años, a quien tiene estudiando en la educación formal pero además lo incentiva con toda clase de actividades extra cátedra, como la natación y la música en una coral. Todos los ingresos que Graciela percibe como maestra suplente del Colegio Fe y Alegría de La Vega, y todo el tiempo libre que tiene cada tarde, los dedica a incentivar a su hijo para que asista a sus actividades. “Lo que gano lo gasto en mi hijo. Salimos a comer fuera cuando no nos da el tiempo de regresar a la casa a almorzar; y en la tarde, si le provoca un helado cuando sale de la natación o quiere que le compre un juguete o una película”.

Ella siente la crisis en el hecho de que luego de un aumento de sueldo también viene el in-

cremento de la comida y de todos los gastos mensuales. Sin embargo, la situación financiera de Graciela es holgada porque tiene casa propia y su esposo, albañil de oficio, tiene un ingreso que le permite honrar puntualmente los gastos de la casa, como la luz, el agua, el condominio, la telefonía celular; así como los del niño: los útiles, los uniformes, el colegio, la natación y la coral.

Los ingresos semanales de este grupo familiar superan el sueldo mínimo y les alcanza para tener un seguro privado que incluye a los tres miembros de la familia, así como ahorrar dinero para salir de La Vega antes de que su único hijo cumpla 15 años. “Aunque mi casa es propia, no quiero que mi hijo crezca en el barrio por la inseguridad que ahora vivimos. Cuando salimos tenemos que estar antes de las ocho de la noche en la casa. Quisiera que mi hijo tuviera una adolescencia diferente, por eso mi esposo y yo planeamos regresar al Perú”.

MÁS HORAS DE TRABAJO, MENOS PAGA

En la Vega también vive José Ángel, quien tiene un taxi y asegura que desde hace unos años trabaja doce horas para ganar el dinero que antes hacía en una mañana. “Antes trabajaba horas menos y ganaba más. Ahora trabajo más y no gano el mismo dinero que hacía antes. Empiezo la jornada a las 7 de la mañana y termino por ahí a las 7 de la noche. A veces me demoro en el punto hasta dos horas para salir. Antes no duraba ni diez minutos”, agrega.

José Ángel logra hacer lo equivalente a un salario mínimo cada semana y comparte los gastos de la casa con su esposa, quien trabaja en un hospital público. Él es el responsable de los gastos de sus hijas de 12 y 21 años. La pequeña va a un colegio privado y a clases de natación en el IND. A la mayor le manda 600 bolívares mensuales para que cubra sus necesidades en San Cristóbal donde está estudiando.

Este taxista considera que la escasez y el aumento en los precios de la comida, así como el desempleo son las evidencias de la crisis económica, pero asegura que no es una situación reciente. “Antes hacía el mercado con 500 bolívares y veía algo en las bolsas. Ahora llevo mil bolívares y me toca dejar algunos productos en la caja porque no alcanzó el dinero. Pero busco opciones, por ejemplo, voy al Central Madeirense en Los Teques, porque se consigue todo un poco más económico, y cuando hay escasez siempre encuentro todos los productos que están desaparecidos”.

José Ángel también tiene casa propia, por lo cual ahora se preocupa por ahorrar para tener como enfrentar una contingencia en el futuro; y como a sus vecinos de La Vega, también le preocupa la inseguridad, tanto que prefiere per-

“En la universidad me siento feliz, es de las cosas que me tiene más activa ahora ... tengo la satisfacción de que estudiando me siento útil, me ha permitido saber que mi cerebro todavía funciona.”



manecer en su casa a buscar riesgos saliendo de noche a comer y los fines de semana a la playa. “El sueldo da para ir a la playa una vez al mes, pero no vamos por la inseguridad. De vez en cuando salimos a comer un arroz chino, que es lo que podemos pagar. Claro, uno va con mucho cuidado, tratando de que no se le haga de noche para andar por ahí”, advierte.

COMO VAYA VINIENDO, VAMOS VIENDO

Pedro tiene una camioneta de transporte público y su lema para enfrentar la crisis económica es similar a aquella utilizada por el personaje Eudomar Santos en la novela *Por estas calles*. “De que hay crisis hay crisis, eso es algo indiscutible, pero depende de cómo la veas. A veces se consiguen las cosas más caras y a veces no se consiguen. Pero como existe la crisis tenemos que enfrentarla, porque la vida hay que vivirla como se venga”.

Con los ingresos que le genera la camioneta Pedro dice que puede cubrir los gastos de la casa, su esposa y sus dos hijos e incluso tiene capacidad de ahorro para viajar todas las navidades a San Cristóbal a ver a su familia. Aunque siente que ha aumentado el costo de los alimentos, señala que su familia no ha variado su consumo de alimentos, porque “si la comida está cara, igual hay que comprarla, porque tenemos que comer”.

* Periodista, miembro de COFAVIC.

Notas

- 1 Escogidos al azar de una veintena de familias que asistían a clases de catecismo organizadas por un padre jesuita, un domingo en el parque Los Chorros.
- 2 Se usaron nombres ficticios para resguardar la identidad de los entrevistados.